

RUTA EXPLORADORES OLVIDADOS **PARTE 1: EGIPTO**



Entre 2011 y 2012 di la vuelta al mundo en moto y la llamé *Ruta Exploradores Olvidados*. Mi objetivo era perseguir el rastro de antiguos viajeros españoles por África, India, Asia y América. En 2017 publicaré el libro de aquella gran aventura en solitario que cambiaría mi vida. Durante los próximos meses iré publicando en primicia para esta revista algunos avances de ese libro. **MIQUEL SILVESTRE**

Finales de septiembre del 2011. El puerto de Alejandría se dibuja lentamente sobre la línea del horizonte. Son las cuatro de la tarde. El viento ha dejado de soplar y un fogoso sol africano cae a plomo sobre la cubierta del carguero en el que viajo con mi moto metida en la bodega. Es un inmenso ladrillo flotante de la naviera Grimaldi. Carga coches europeos de segunda mano para la venta en mercados emergentes y también permite algunos pocos pasajeros que quieren viajar a África con sus propios vehículos. Miro hacia el sur. Tengo que entrecerrar los ojos para no quedar cegado por la extrema claridad y la dolorosa reverberación de las aguas. Los lejanos edificios del paseo marítimo de la ciudad fundada por Alejandro Magno brillan dorados como una serpiente de oro que se estirase en el intenso azul del mar. Tras varios días de navegación desde Italia nos aproximamos a tierra con rapidez, como si voláramos por encima de la plana superficie del estuario donde desemboca el Nilo. Estoy inquieto, ansioso e impaciente. Pronto desembarcaré y comenzará la verdadera aventura de dar la vuelta al mundo en moto.

La bocana portuaria es enorme, descomunal, pero a pesar de tanta amplitud no resulta fácil navegar hasta los muelles. Debemos hacerlo en zigzag. En nuestro camino se interponen herrumbrosos barcos semihundidos que emergen aquí y allá. Son como icebergs de hierro y orín, como garras de algún metálico monstruo submarino que salieran del fondo abisal para atrapar barcos despistados. Hay que ir esquivándolos para no acabar como ellos. Acodado en la barandilla diviso el contorno urbano de una ciudad de doce millones de habitantes arracimados alrededor de un larguísimo paseo marítimo. Es la Corniche. Una vez fue un bello y privilegiado lugar de veraneo asomado al Mediterráneo. Pero de eso hace ya mucho tiempo. Vistos de cerca, los edificios parecen comprimirse, apelmazarse unos contra otros. No se divisa una sola mancha verde. No hay árboles ni parques. Solo cemento grisáceo y parches de ropa tendida. Lo que hace unos minutos parecía hecho de oro cegador lo veo ahora como un irregular muro de sucio hormigón en el que se abren multitud de ventanas que esconden la vida sin esperanza de los habitantes de un país al borde del colapso.

La maniobra de atraque resulta torpe, lenta y exasperante. El gran buque carguero se mueve con parsimonia y cuando por fin queda paralelo al muelle, aprisiona un agua fétida y oleaginosa contra los pantalanes. Bolsas, maderas, plásticos, peces muertos. Sobre el cemento de la terminal de carga haraganea una multitud de tipos ociosos sin que se sepa muy bien a qué se dedican exactamente, cuál es su función, si es que tienen alguna. Desde el barco lanzan guías con un flotador en el extremo. Un par de estos tipos corren para atraparlas. Son dos jóvenes buscavidas. Delgados, morenos, vestidos con vaqueros. Ellos amarran las maromas. Los tripulantes del carguero les arrojan sendos cartones de tabaco. Es el pago por su servicio. El babsheek, la propina. La auténtica institución nacional por encima de las pirámides. En Egipto hay que pagarla siempre y por todo.

La puerta número 10 del puerto da a una avenida de tres carriles en cada lado. La Nasser Avenue. Al final hay una rotonda con una columna en el centro. El jaleo es asombroso. Una boda, un mercado, varios caballos encabritados, un millón de coches y todo envuelto por una neblina en la que se mezcla el smog



de los tubos de escape, el humo de los pinchos a la brasa y el vapor del té. Y por supuesto, el ruido omnipresente y ensordecedor. Un cafarraun de bocinas, música, gritos y relinchos. Bienvenidos a Egipto.

Recorro La Corniche. Paso delante de lo que un día fueron bellos edificios coloniales de estilo art decó. Todo está deteriorado y mugriento. El largo paseo es una pura ruina. Algunas de las grandes piedras que conformaban la sillería del paseo marítimo están arrancadas, tumbadas en mitad de la acera, como si un titán furioso las hubiese destruido a patadas. La arena está sucia, plagada de basura. En realidad, toda la ciudad está sucia. Nunca he visto una ciudad tan sucia como Alejandría. Los residuos se amontonan de cualquier manera por las calles, las plazas, los parques. No hay ni siquiera contenedores donde acumularlos, de modo que toda la población es un contenedor. Normalmente el ejercicio físico me pone de buen humor, pero hoy causa en mí el efecto contrario. Corro a lo largo de la costa y todo lo que veo es abandono. De vez en cuando hay algún pedazo de playa limpia. Pertenece a un club o un restaurante que se encarga de que sus clientes disfruten de un espacio aseado para tenderse en una hamaca. Pero todo lo que no es propiedad privada, es suciedad.

Triste epílogo para la ciudad fundada en el año 331 aC por Alejandro Magno en el Delta del Nilo tras experimentar un raro sueño narrado por su biógrafo Plutarco. Después de su muerte se convirtió en la próspera capital del imperio de los Ptolomeos, sostenido por uno de sus generales. La última reina de la dinastía fue Cleopatra, justo antes de que Egipto se convirtiera en provincia romana. Los árabes la conquistaron en el 641 a sangre y fuego y promovieron una islamización total donde la minoría peor parada fue la judía, asentada en la ciudad desde tiempos muy antiguos. Saqueada por los cruzados y reconquistada de nuevo por los otomanos, quedó reducida a triste pueblo decrepito. Se cuenta que cuando Napoleón entró victorioso no habría aquí más de siete mil personas. Durante el protectorado inglés y la gestión europea del Canal de Suez fue un cosmopo-



lita y rico destino vacacional que entró en decadencia con la nacionalización del canal por Nasser. Actualmente es el principal puerto comercial de Egipto y aunque ha sido declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco lo mejor que puedo decir de ella es que está sumergida en la inmundicia.

El tráfico es una densa corriente, constante y semilíquida, que avanza lentamente pero sin detenerse en la que se mezclan camiones, automóviles, ciclomotores, bicicletas, peatones, carros tirados por burros o directamente empujados por hombres oscuros y esqueléticos que respiran este aire polucionado y letal.

Dentro de este pausado fluir de recalentada chatarra destacan los taxis alejandrinos pintados igual que los barceloneses. De negro y amarillo. Son toscos Ladas rusos parecidos al viejo Seat 124 que pobló las carreteras españolas en la década de los setenta. Parecen tener mil años pero lo cierto es que son nuevos. Como me explica un conductor, que chapurrea un inglés bastante funcional, cada ciudad egipcia tiene su particular marca de coche. Port Said, explica, es población Toyota. Alejandría es territorio Lada.

—Esos coches rusos que ves son del 2010—me dicen— cuestan lo mismo que un Toyota. ¿Por qué se empeñan los taxistas de Alejandría en comprar ladas cuando son mucho peores que los toyotas? Misterio. Ni ellos mismos saben la razón. Los compran porque aquí se compran ladas, así de simple.

Alejandría parece flotar dentro de un fino polvo que todo lo cubre y todo lo ensucia. Hombres ociosos vestidos con chilabas permanecen sentados en su metro cuadrado de polvo. Los carteles de propaganda electoral destacan con su radiante colorido en este escenario tan gris. Veo uno del candidato Albaradey. Lo señalo y le pregunto al conductor si cree que ese es el “nuevo Mubarak”.

—New Mubarak? Maybe, maybe—ríe sin que parezca afectarle lo más mínimo quien sea el nuevo gobernante.

La impresión que tiene uno es que nada ha cambiado y que nada cambiará por muchas revoluciones primaverales que publiciten los medios occidentales. Egipto es el mismo con Mubarak y sin él. La corrupción de la burocracia es una seña de identidad nacional en un país que inventó la burocracia.

El sistema es absurdo, completamente reglado, con estrictas normas para todo y complejos procedimientos que requieren decenas de sellos y firmas. Pero cada funcionario, del más alto al más bajo, utiliza su parcela de poder para lograr babsheeks, propinas, y cuanto más alto llega, más altas espera que sean.

Los acontecimientos futuros me darán la razón. La democracia no traerá democracia, sino a los Hermanos Musulmanes, una organización radical islamista. El triunfo electoral de los barbudos en junio del 2012 y la elección de Mohamed Morsi como presidente provocará un golpe de estado militar el 3 de julio del 2013 y el fin de los devaneos aperturistas. La Junta Militar de Abdul Fatah Al-Sisi se hará con el control del país, que sufrirá a partir de ese momento los más duros embates del terrorismo yihadista. Egipto verá como se hunde la industria del turismo y los uniformados ejercerán una durísima represión contra los adversarios políticos, que serán encarcelados, torturados y desaparecerán en gran número.

Me fijo en que muchos hombres tienen un enorme callo en la frente. Ahora recuerdo que lo vi cuando estuve por primera vez en Egipto hace un par de años. Estaba dando la vuelta al Mediterráneo en moto. Tomé un ferry de Jordania al Sinaí y me sorprendió que de pronto muchos hombres en el barco tuvieran una callosidad rugosa en mitad de la frente, del tamaño de una moneda de dos euros o incluso más grande. Al principio pensé que era un tumor o una verruga mal curada.

—Es el callo del creyente—me explican—, se lo hacen al rezar. Les sale de tanto golpear con la frente la alfombra. Lo buscan a propósito. Es un signo jerárquico externo, como una distinción honorable, quien más grande tiene el callo es porque es más religioso. Y por supuesto, quien veas que lo lleva vota sabes que vota a los Hermanos Musulmanes.

Voy a cenar a Ateneus, un restaurante en La Corniche. El local ofrece una decadente pero atractiva decoración art déco y enormes salones vacíos. Bajo un altísimo techo abovedado, estoy solo en el inmenso comedor. La carta internacional tiene precios que yo puedo pagar pero que resultan inalcanzables para la mayoría de los egipcios. El maitre, muy atento y atildado, como salido directamente de la época colonial, confirma



que este año hay pocos turistas, muy pocos, la revolución los asusta. Pero confirma que, en realidad, nada ha cambiado desde que Mubarak dejó el poder. Los militares siguen teniendo el control y los Hermanos Musulmanes están bajo permanente vigilancia. Probablemente ganen las elecciones pero sospecha que no les dejarán gobernar. El sistema egipcio y su burocracia es más resistente que un gobernante concreto. Todo sigue funcionando igual que antes. O sea, mal. Egipto es un estado fallido a pesar de ser tan burocratizado. Nada queda del sueño de un panarabismo avanzado de Gamal Abdul Nasser, el carismático político que nacionalizó el Canal de Suez, enfrentándose a sus concesionarios ingleses y franceses.

Nasser nació en esta ciudad y aquí proclamó en 1956 la nacionalización del canal. Egipto se quedaba a partir de ese momento con la ingente cantidad de divisas que generan las tasas a los barcos por cruzar del Mediterráneo al mar Rojo y el golfo Pérsico. “El canal es nuestro, el dinero es nuestro”, proclamó. Cuatro meses después Francia, Inglaterra e Israel invadían Egipto. Pero fue una acción inútil. La URSS y Estados Unidos presionaron a Londres, París y Tel Aviv para que se retiraron. Lo que consiguieron, demostrando así que en el nuevo orden mundial Inglaterra y Francia eran potencias subordinadas a los nuevos campeones mundiales y que ya no tenían influencia en Oriente Medio.

Nasser se enroló joven en el Ejército, con el grado de comandante participó en la guerra contra Israel en 1948. Al año siguiente fundaría el Comité de Oficiales Libres que en 1952 destronaría al corrupto rey Faruq I, quien embarcaría en Alejandría rumbo al exilio, dejando atrás un palacio con doscientos coches de lujo en las cocheras, dos mil camisas de seda en los armarios y una agenda con los nombres de cincuenta y cinco concubinas. El país era entonces una nación paupérrima, entregada a las potencias extranjeras y cuyos habitantes vivían en la miseria y la incultura. Los Oficiales Libres proclamarían la República de Egipto e instaurarían un régimen socialista que aspiraban a extender por todo el mundo árabe bajo su liderazgo. Nasser maniobró hasta hacerse con el poder absoluto. Intentó modernizar un país muy atrasado pero con estrategias

equivocadas. El socialismo nunca funcionó como motor económico y de desarrollo en ninguna de las naciones donde se ha intentado, ni siquiera con el apoyo de la Unión Soviética.

Nasser murió en 1970. Le sucedió Anwar el Sadat, quien dio un giro copernicano a la política internacional de su antecesor, acercándose a Estados Unidos y alejándose de la URSS. Celebró los acuerdos de paz de Camp David con Israel. Ese gesto le granjearía el premio Nobel de la paz pero le costaría la vida. Fue asesinado en 1981 durante un desfile militar por soldados de su propio ejército. Entonces llegó Mubarak y con él treinta años de reinado, la más desenfrenada cleptocracia y la corrupción institucional extendida como una metástasis por todo el país. El 11 de febrero de 2011 se vio obligado a renunciar por las manifestaciones masivas que con un absurdo exceso de voluntarista lírica dieron en llamarse por los medios occidentales Primavera Árabe. Aunque en realidad lo que causó su caída fue la pérdida de apoyo de los militares por querer instituir heredero a su hijo Gamal. Y solo siete meses después de su renuncia yo estaba en Egipto, contemplando el devastado panorama del más importante y poblado país árabe.

Occidente consideraba Egipto un aliado y los egipcios se consideran a sí mismos una especie de nobleza árabe ¿Nadie se daba cuenta de hasta que punto el país era en realidad un estado fallido? La basura que inunda Alejandría es un perfecto símbolo de cómo un país se va hundiendo paulatinamente. Al ser tan lento el proceso de descomposición, uno se va acostumbrando y no nota que la mierda le ha llegado al cuello hasta que empieza a no poder respirar. Esto es lo que está pasando en Egipto y es lo que llevó a miles de personas a la plaza Taharir a reclamar la caída del déspota. Pero el desgobierno causado no les traería mejoras sino algo mucho peor. En cualquier caso, esta noche prefiero no pensar en ello. La comida del Ateneus es decente, pero la cerveza es aun mejor. Los restaurantes para turistas son de los pocos locales donde sirven alcohol en Egipto. Bebo varias botellas de cerveza local Stella y Sakara. Cuando estoy saciado y ebrio abandono el local adentrándome en la oscuridad de las calles sin iluminado público que me recuerdan el viaje de doce meses que estoy a punto de comenzar. ■